

La importancia del componente traductológico en la competencia profesional del traductor-intérprete

Lic. Antolín Bárcena Luís

Profesor Departamento de Lengua Rusa e Italiana de la Facultad de Lenguas Extranjeras de la Universidad de la Habana

Al margen de la sempiterna discusión sobre si la traducción es arte o ciencia, si traductor se nace o el traductor se hace, la práctica, que suele ser muchísimo más obstinada que las disquisiciones teóricas, parece confirmar con marcada perseverancia que sin una adecuada preparación traductológica son realmente muy pocos los que logran desempeñarse con eficiencia en nuestro arte u oficio. Puesto en los términos de la polémica histórica: si traductor se nace, la preparación traductológica permitiría guiar o encauzar mejor las dotes; si el traductor se hace, contribuye, sin lugar a dudas, a educar y afinar el intelecto. Formulación aplicable tanto a las personas para las que una de las lenguas es adquirida (aprendida como lengua extranjera), como a los llamados bilingües perfectos que perciben y se valen de ambas lenguas como maternas. Desde los años noventa la competencia profesional del traductor-intérprete se define en nuestro ámbito por el Doctor Manuel Barreiro como la adquisición y desarrollo armónico e integral de los siguientes componentes:

- 1) lingüístico-filológico /en la(s) lengua(s) extranjera(s) y en la lengua materna,
- 2) cultural,
- 3) traductológico,
- 4) informático,
- 5) terminológico.

Con respecto al componente traductológico, en particular, la aplicación de estos conocimientos se declara explícitamente como uno de los "Objetivos Instructivos" de la disciplina "Teoría y Práctica de la Traducción y la Interpretación". Los contenidos sobre Traductología ocupan una parte importante en su "Sistema de conocimientos" y

encabezan su "Sistema de Habilidades". El componente traductológico o "competencia técnica del traductor", como le llama el reconocido lingüista y traductólogo ruso Vilén N. Komissarov, está conformada por un vastísimo conjunto de conocimientos, hábitos y habilidades específicos, imprescindibles para poder desempeñarse calificadamente en la esfera de la traducción y la interpretación. Son estos conocimientos los que permiten comprender en toda su magnitud la esencia y las tareas de la traducción como actividad, tener una panorámica de los principales postulados de la Teoría de la Traducción, apropiarse del concepto de "estrategia de traducción" y sus posibles variantes, así como los diferentes tipos de procedimientos operativos propios de la actividad. Forman parte de este componente, además, habilidades extraordinariamente especializadas, no siempre fáciles de comprender y que requieren de mucha práctica para poder ser asimiladas, como son: comprender un texto desde la óptica de un traductor; saber distanciarse de un texto, sin alejarse del sentido vehiculado para buscar una solución de compromiso, pero con pérdidas mínimas; saber determinar las dificultades de un texto y seleccionar los procedimientos más apropiados y efectivos del arsenal disponible para solucionarlas; saber generar textos en correspondencia con la cultura comunicacional de la lengua de llegada, etc.

Uno de los problemas que acompañan al traductor en las primeras etapas de su iniciación profesional, consiste en el apego constante a las formas morfo-sintácticas y el léxico de la lengua de partida en franco detrimento del mensaje vehiculado en el original y de la lengua de llegada. Se trata de una especie de abrazo inevitable que muy pocos logran evadir, y del que, a veces, se requieren años para desembarazarse. Esta fatal inclinación trae como resultado la generación de textos meta que traicionan el objetivo supremo de toda traducción: facilitar la comunicación interlingüística e intercultural.

Surgen así textos en los que a menudo, además del abuso casi ultrajante de la lengua de llegada ¡que paradójicamente muy a menudo suele ser la propia lengua materna del traductor!-, marchan tranquilamente del brazo en cándida y pavorosa concordia contrasentidos, sinsentidos y otros dislates. Se trata de escritos en los que imperan el léxico y las estructuras de la lengua de partida y que no dicen lo que dice el original, o dicen lo que no dice el

original, o simplemente le dicen muy poco o prácticamente nada al destinatario.

El análisis de semejantes ejemplos revela que para sus creadores traducir no es más que una simple operación mecánica, cuya esencia radica en saber encontrar en el diccionario con la mayor celeridad posible la equivalencia aparentemente más apropiada en un proceso elemental de vaciado y llenado de moldes. A juicio del autor, este pertinaz y funesto fenómeno se debe, entre otras causas y dado el presupuesto de que exista un adecuado dominio profesional de ambas lenguas, a una débil apropiación de conceptos básicos de la traductología contemporánea. Con relativa asiduidad se aprecia en estos casos una insuficiente percepción profesional y escasa sensibilidad ante la operación traductora como proceso eminentemente creador, y débil interiorización de conceptos clave de la tecnología para generar textos meta (autor, tema, situación, destinatario). Aunque, por supuesto, la pereza y/o la premura pueden ser otra causa que no se debe soslayar. Toda traducción genuina es un acto que reclama pericia. El doloroso recorrido que casi siempre media entre el texto de partida y el texto meta es un movimiento nada rectilíneo y mucho menos uniforme. Muy frecuentemente es un tortuoso camino que se torna único cada vez que se emprende y a cada paso reclama análisis, agotadoras búsquedas y una incesante toma de decisiones para que la construcción mental derivada de la interpretación del mensaje encerrado en el texto de partida encuentre una adecuada reexpresión con el nivel máximo de descripción en la lengua meta. Hacer una mala traducción ¡claro está!- No requiere ni notables esfuerzos, ni abundante tiempo, ni mucha pericia.

Tomemos a manera de ejemplo de la afirmación que da título a la presente reflexión la perspectiva que adquiere el traductor al aproximarse a la esencia de la operación traductora desde la visión del lingüista danés L. Hjelmslev y su distinción entre sustancia y forma del plano de la expresión y del plano del contenido. Según el creador de la Glosemática en todo texto se aprecia:

Plano de la expresión	<u>Sustancia</u> : sonora o gráfica	Base común
	Forma: procedimientos para su combinación	Específica en cada lengua
Plano del contenido	<u>Sustancia</u> : objeto del pensamiento	COMÚN PARA TODOS LOS HUMANOS
	Forma: procedimientos para la combinación de las unidades de sentido	ESPECÍFICA EN CADA LENGUA

La traducción de las frases más elementales demuestra que no se conserva la forma del contenido, sino la sustancia del contenido. Así, por ejemplo:

SUSTANCIA DEL CONTENIDO

El hablante refiere que siente deseos de dormir.

FORMA DEL CONTENIDO
EN LA LENGUA DE
PARTIDA

FORMA DEL CONTENIDO
EN LA LENGUA META

Aguaruna: Kajang pujawai. (Mi sueño vive.)

Ruso: (Quiere dormirse.) **Tengo sueño.**

Ingles: I am sleepy. (Estoy soñoliento.)

Vista desde esta óptica la traducción es infinitamente más que una operación mecánica en la que se intenta cazar equivalencias establecidas de antemano en un simple proceso de llevar y traer palabras o hasta enunciados, porque la interpretación de un mismo enunciado puede variar en función del contexto en que se inserta - de una orilla a la otra. Cacería poco productiva que hace que una persona normal, perdiendo todo vínculo con la realidad, se esfuerce al máximo para hilvanar necedades cuya paternidad después no reconocerá.

Cuando el traductor interioriza que lo que es objeto del proceso traductivo es la sustancia del contenido y nunca la forma del contenido - aunque en dependencia de la pareja de lenguas que se trate puede haber formas coincidentes -, comienza a liberarse de las tenazas morfosintácticas y léxicas de la lengua de partida. Solo entonces se percata en toda su dimensión de la riqueza de medios que hay en la lengua meta para reexpresar el sentido vehiculado en la lengua de partida. En consecuencia, la reexpresión, la generación del texto meta en correspondencia con los requisitos que ello presupone, implica un laborioso, activo y enjundioso proceso de análisis, búsqueda y elaboración que no desemboca necesariamente en un texto único. Solo entonces la traducción deviene actividad creadora, acto de suprema inteligencia. Nada más alejado de la realidad que calificar la traducción como lo hiciera el profesor y filósofo español José Ortega y Gasset:

"...modesta ocupación...", "En el orden intelectual no cabe faena más humilde.", "...el traductor suele ser un personaje apocado. Por timidez ha escogido tal ocupación, la mínima". Infinitamente más objetiva y vigente a la distancia de más de un siglo la visión martiana: "Traducir es estudiar, analizar, ahondar".

Tomado de: Revista de la Asociación Cubana de Traductores e Intérpretes (ACTI) ANÓNIMOS

Número 1 Año: 2010